

Ser educadora

Being an educator

Alfredo Hoyuelos; ESPAÑA

A Miguel Ángel Zabalza, por su empeño en hacernos volar hacia reflexiones compartidas.

Como tallerista he trabajado durante más de 25 años con profesionales educativas, básicamente en las escuelas infantiles municipales de Pamplona-Iruña. He disfrutado y he encontrado el placer en una profesión, que sólo he podido construir trabajando en colaboración con educadoras y direcciones comprometidas por aprender día a día.

Ser educadora en el primer ciclo de educación infantil es una profesión difícil, llena de retos; un trabajo no hecho que hay que reinventar cada día, sin dar por supuesto nada.

Mi mayor reconocimiento y agradecimiento a ese extraordinario trabajo.

Ser educadora excelente, como tantas y tantas personas que han elegido esta profesión, significa, no sin dificultad, tener la sabiduría, cada día de:

- Identificar y acompañar emociones y sentimientos sin juzgar.
- Prestar el cuerpo para que los niños y niñas encuentren el calor de la presencia.
- Compartir sensaciones e investigar junto a los niños y niñas.
- Desvelar la empatía y el amor entre los niños y niñas.
- Expresar el respeto en cada pequeño gesto.
- Dejarse tocar con sensibilidad la piel.
- O esperar a que el niño y la niña toquen la piel de una naranja sin cogerla.
- Saber tocar para acompañar la oportunidad del

momento que se hace relevante.

O colocar un calcetín con la delicadeza de la porcelana.

O prestar una mano que ofrece contacto cuando se necesita.

- Saber aceptar el no, porque se reconoce como derecho.

Descubrir la estética de la belleza y detenerla en lo insospechado. Posibilitar (que es distinto de dejar) mancharse con experiencia vital. Dar y detener el tiempo en la vorágine del día a día.

Saber esperar lo inesperado.

Para que las posibilidades, capacidades y potencialidades emerjan.

O para que...

Un pie se arrugue en contacto con el agua.

O para que una cuerda inesperadamente... se transforme en un círculo en el aire.

Ser educadora excelente significa:

- Mirar el mundo con ojos de niño, de niña, a través de un cristal.
- Poder encontrar el sentido del niño o la niña que todos llevamos dentro, con nostalgia del futuro.
- Poder descubrir como la identidad incipiente se forma, conforma y transforma.
- Revelar cómo surge la belleza de una amistad.
- Complicidad y amor para legitimar la alteridad sin querer dominarla.
- Interpretar los gestos de la comunicación.

- Ver las potencialidades de una relación y emocionarse, conmocionarse.
- Saber hablar con las familias, conocer todos sus nombres.
- Apreciar el aroma de los procesos.
...además de los productos.

Ser educadora excelente, también lo he visto muchas veces, significa arriesgar por los senderos de lo desconocido.

- Preparar escenarios óptimos.
Con objetos pensados.
- Con materiales disponibles.
Con texturas y sensorialidades diversas.
- Un laberinto de posibilidades.
- En los territorios de la infancia.

Significa buscar nuevas materias para ofrecer más posibilidades.

Y, sobre todo, implica dejar huellas de lo visto, mirado y apreciado.

Es un trabajo difícil, que se mueve entre luces y sombras.

Que permite descubrir lo inesperado.

En una cuna, tal vez, transformada por la cultura de la infancia en otra cosa inimaginada.

En una cuchara que es más que cuchara.

Una profesión para dejarse sorprender.

Y curiosear en la aventura del conocer.

Para descubrir la poesía del asombro.

Malaguzzi decía que ser educadora es ser una profesional de la maravilla. He encontrado educadoras capaces de sorprenderse después de 30 años de trabajo. Y es un placer que admiro. Tiene que ver con abrazar la belleza de los momentos inesperados que nos erizan la piel o nos conmueven. Esto es lo que he vivido y veo cada día que paso por las escuelas.

Rachel Carson nos propone el reto de acompañar al niño y a la niña desde la empatía de esta emoción transcendental.

“Si yo tuviera la influencia sobre el hada madrina, aquella que se supone preside el nacimiento de todos los niños, la pediría que le concediera a cada niño de este mundo el don del sentido del asombro tan indestructible que le durara toda la vida, como un inagotable antídoto contra el aburrimiento (...) Para mantener vivo en un niño su innato sentido del asombro, sin contar con ningún don concedido por las hadas, se necesita la compañía al menos de un adulto con quien poder compartirla, redescubriendo con él la alegría, la

expectación y el misterio del mundo en que vivimos”.
Mi reconocimiento y agradecimiento a todas las profesionales entusiasmadas y apasionadas cada día.

Fechas: Recibido: 24-07-20. Aceptado: 25-07-20
Artículo terminado el 01.03.2020

Hoyuelos, A. (2020). Ser educadora. *RE-LAdEI-Revista Latinoamericana de Educación Infantil*, 9(1), 149-150. Disponible: <http://www.usc.es/revistas/index.php/reladei/index>



Alfredo Hoyuelos

Escuelas Infantiles Municipales de Pamplona
España
alfredohoyuelos@telefonica.es

Diplomado en Educación Infantil y doctor Europeo en Filosofía y Ciencias de la Educación con una tesis sobre “El pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi y su repercusión en Educación Infantil”. Trabaja como Coordinador de Talleres de Expresión de las Escuelas Infantiles Municipales de Pamplona y es profesor del Departamento de Psicología y Pedagogía de la Universidad Pública de Navarra. Es miembro activo de la Plataforma Ciclo Educativo 0-3 años en Navarra, de la Plataforma Estatal en defensa del 0-6 y del Consejo de Redacción en Navarra de la Revista Infancia. Su trabajo se centra en la realización de investigaciones y documentaciones sobre diversos aspectos relacionados con la calidad y competencia expresiva de los niños y niñas menores de 6 años. Ha publicado diversos libros y artículos sobre temas relacionados con la infancia y se ocupa de formación en diversos centros del Estado Español, algunos países de Europa, Asia y Latinoamérica.